

CUENTOS CON
transformaciones

Ministerio de Educación

Buenos Aires Ciudad

CUENTOS CON
transformaciones

Jefe de Gobierno
Jorge Macri

Ministra de Educación
Mercedes Miguel

Jefa de Gabinete
Lorena Aguirregomezcorta

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje
Ines Cruzalegui

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Ignacio José Curti

Subsecretario de Tecnología Educativa
Ignacio Manuel Sanguinetti

Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa
Samanta Bonelli

Directora General de Educación de Gestión Estatal
Nancy Sorfo

Directora General de Educación de Gestión Privada
Nora Lima

Cuentos con transformaciones
Adaptación de los textos: Jimena Dib, Ana Premuzic

Edición: Ramón Paez
Diseño de tapa: Silvana Carretero, María Laura Raptis
Diseño y diagramación: Silvana Carretero
Ilustraciones: Tania De Cristóforis
Corrección: Sebastián Vargas

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Cuentos con transformaciones. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-818-143-1

1. Antología Literaria. 2. Educación Primaria.
CDD 372

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2025. Carlos H. Perette 750 – C1063 – Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

© Copyright © 2025 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Este libro pertenece a:

PRESENTACIÓN

Los cuentos con transformaciones de este libro te invitan a un mundo maravilloso donde bestias y hombres conviven.

A veces con temor y otras con repugnancia, los personajes humanos de estos cuentos se acercan a seres muy diferentes de ellos, los conocen y eso ayuda a que se transformen, les permite romper algo que se había creado antes, mucho antes de que el cuento empezara.

¿Te animás a conocer estas historias?
Tal vez seas vos quien se transforme después de leerlas.

ÍNDICE

El príncipe rana..... 8
Cuento tradicional recopilado por los
hermanos Grimm (adaptación de Jimena Dib).

La Bella y la Bestia.....19
De Jeanne-Marie Leprince de Beaumont
(adaptación de Ana Premuzic y Jimena Dib).

Biografías.....40

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El príncipe rana

En aquellos tiempos, ya pasados, en los que todos los deseos se cumplían, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la pequeña era la más hermosa de todas. Tan bella era que el mismo sol se maravillaba cada vez que le daba en la cara. Cerca del palacio del rey había un bosque sombrío, y en el bosque, bajo un viejo árbol, había un pozo de agua muy profundo. Cuando hacía mucho calor, la hija del rey iba allí y se sentaba en la orilla del pozo fresquito. Si se aburría tomaba una pelota de oro, la lanzaba hacia arriba y la volvía a tomar. Este era su juego favorito.

Sucedió un día que la pelota de oro de la princesa no cayó en la mano que tenía extendida, sino que pasó junto a ella, cayó en la tierra y rodó hasta ir a parar al agua.

La hija del rey la siguió con la mirada, pero la pelota desapareció; el pozo era tan pero tan profundo, que no se veía el fondo. Entonces empezó a llorar, y lloró cada vez más fuerte, sin poder calmarse.

Y mientras se lamentaba de ese modo alguien le gritó:

—¿Qué tienes, hija del rey? Lloras de tal modo que podrías enternecer a una piedra.

La princesa miró a su alrededor para ver de dónde venía la voz, y solo vio una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza.

—Ah, eres tú, fea rana —dijo—. Estoy llorando por mi pelota de oro, que se me cayó al pozo.

—Tranquilízate y no llores —respondió la rana—, yo puedo ayudarte, pero ¿qué me darás si vuelvo a sacar tu juguete?

—Te daré lo que quieras tener, querida rana —dijo ella—. Puedo ofrecerte mis vestidos, mis perlas preciosas, hasta la corona de oro que llevo puesta.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



La rana respondió:

—No me gustan tus vestidos, tus perlas y tus piedras preciosas, ni tu corona de oro. Pero bajaré al pozo y sacaré del fondo la pelota de oro, si prometes tratarme con cariño y dejar que te haga compañía: que me siente a tu lado en tu mesa, que coma de tu plato dorado, que beba de tu copa y que duerma en tu cama.

—Oh, sí —dijo ella—, te prometo todo lo que quieras, si me traes de nuevo la pelota.

Pero, mientras lo decía, pensaba: "Qué tonterías dice esta rana. Debería contentarse con croar en el agua entre sus iguales. No puede ser amiga de una persona".

Cuando la rana obtuvo su promesa se sumergió, desapareció, y al cabo de un rato volvió a salir y la tiró al pasto cerca de la princesa.

La joven se llenó de alegría cuando volvió a ver su hermoso juguete, lo tomó y se marchó rápidamente.

—Espera, espera —le gritó la rana—, llévame contigo, yo no puedo correr como tú.

Pero no le sirvió de nada gritar, porque ella no la escuchó, corrió a su casa, y pronto había olvidado a la pobre rana, que descendió de nuevo a lo profundo del pozo.

Unos días mas tarde, cuando la princesa,

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

junto con el rey y toda la gente de la corte, se habían sentado a la mesa para comer, se escuchó afuera del palacio algo que hacía ruido sobre las escaleras de mármol: plis, plas, plis, plas. Luego, una vez que eso llegó arriba, llamó a la puerta y gritó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

La joven corrió a ver quién estaba afuera, y al abrir la puerta, se encontró con la rana. Entonces cerró de un golpe y se sentó nuevamente a la mesa, muerta de miedo.

El rey se dio cuenta de que a su hija pequeña el corazón le latía con fuerza, y dijo:

—¿Qué temes? ¿Hay acaso un gigante al otro lado de la puerta y te quiere llevar?

—Oh, no —respondió la princesa—, no es un gigante, sino una rana asquerosa. Hace unos días, en el bosque, sacó del agua mi pelota de oro y a cambio le prometí que la dejaría ser mi amiga, pero jamás pensé que podría salir del agua; ahora está ahí fuera y quiere entrar.

Entonces llamaron por segunda vez, y se oyó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme; ¿no te acuerdas de lo que me prometiste junto a las frescas aguas del pozo?

Entonces el rey dijo:

—Lo has prometido y tienes que cumplirlo; ve y ábrele.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La princesa fue y abrió la puerta, y la rana entró saltando y la siguió, siempre pisándole los talones, hasta su silla. Allí se detuvo y gritó:

—Súbeme contigo.

Ella no quiso hacerlo, hasta que el rey lo ordenó. Cuando la rana estuvo en la silla, le pidió a la princesa que la subiera a la mesa. Una vez sentada en esta, le dijo:

—Ahora acércame, para que comamos del mismo plato.

La joven lo hizo, pero se notaba que no lo hacía con gusto. La rana comió con apetito de su plato y tomó de su vaso de oro. Pero la princesa no pudo probar ni un bocado.

Finalmente, la rana dijo:

—Ya no quiero comer más, estoy cansada, llévame a tu cuarto, así podré dormir en tu cama de seda.

Entonces la princesa se puso a llorar, aterrorizada ante la fría rana, a la que no se atrevía a tocar, y que ahora iba a dormir en su hermosa y limpia cama.

Pero el rey la miró muy enojado y dijo:

—Debes cumplir lo que has prometido; la rana será tu compañera.

Quisiera o no, tuvo que llevarse a la rana. La tomó con dos dedos y se la llevó, y cuando

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



estuvo en su cuarto la dejó enojada en el suelo.

La rana se le acercó pidiéndole:

—Hija del rey, déjame dormir en tu cama, sobre tu almohada, o se lo diré a tu padre.

La princesa tuvo que volver a tomar a la rana y la arrojó sobre su cama diciéndole:

—Ahora descansarás, rana asquerosa. Espero que disfrutes este día, porque mañana te irás del palacio y nunca más nos volveremos a ver.

Seguía pensando que una rana y una persona no podían ser amigos.

Pero la rana se acomodó muy contenta sobre la suave almohada de la princesa. Estaba muy cansada y llena de tanto comer.

La joven no sabía qué hacer. Quería echar a esa visitante molesta, pero no se atrevió a sacar a la rana de su cama.

En cambio, se acurrucó en un rincón de su cuarto llorando muy afligida hasta que se durmió.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la princesa no encontró en su cama a la rana, sino que en esta yacía dormido un joven príncipe.

La joven se acercó para hablarle, no entendía qué podía haber pasado. Enseguida, el príncipe se despertó, se levantó y le dijo:

—Bella, hija de rey, soy la rana asquerosa que dejaste comer de tu plato, tomar de tu copa

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



y dormir en tu cama. Una perversa bruja me hechizó y solo si una hermosa princesa me tomaba como su amigo y compañero este hechizo podría romperse.

La princesa se sintió muy avergonzada por lo mal que lo había tratado siendo rana. Pero el príncipe estaba muy feliz de haber vuelto a su aspecto original.

Luego de un tiempo, se conocieron mejor, se enamoraron y planearon casarse cerca del bosque junto al fresco pozo de agua.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.



Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La Bella y la Bestia

Había una vez un mercader muy rico que tenía tres hijos varones y tres hijas mujeres. Las tres hijas eran muy hermosas, pero la más joven, a quien llamaban Bella, despertaba la admiración de todos y por eso sus hermanas la envidiaban. No solo era mucho más bonita que las otras dos, sino también más bondadosa. Era una buena hija, siempre honesta y dulce. Las dos hermanas mayores eran ambiciosas, ostentaban sus riquezas y despreciaban a quienes tenían menos que ellas. Bella, en cambio, hablaba con cortesía a los pobres.

Pero de un solo golpe el mercader perdió todos sus bienes. Con el corazón destrozado y lleno de pena, anunció a su familia que debían trasladarse a una pequeña casa de campo lejos de la ciudad, y que tendrían que trabajar como campesinos para ganarse la vida.

Ni bien se establecieron en el campo, el mercader y sus tres hijos se dedicaron a preparar y labrar la tierra. Bella, que era muy trabajadora, se levantaba de madrugada y se ocupaba de limpiar la casa y preparar la comida de la familia. Cuando terminaba sus quehaceres, se ponía a leer un buen libro o a tocar el clavicordio; siempre cantaba mientras realizaba alguna labor. Sus dos hermanas, en cambio, se aburrían mortalmente: dormían hasta tarde, paseaban el día entero y solo se lamentaban de todo lo que habían perdido; encima, se burlaban de Bella.

Así pasaron los meses, hasta que un buen día el mercader recibió la noticia de que había llegado un barco con una carga de mercancías para él. Ante la posibilidad de recuperar su fortuna, sus dos hijas mayores imaginaron que por fin volverían a la vida de fiestas y teatros en la ciudad. Le pidieron a su padre que les trajera vestidos, chalinas y peinetas. Al ver que Bella no decía ni una palabra, el padre le preguntó:

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Y tú, hijita, ¿no vas a pedirme algo?

—Padre, te ruego que me traigas una rosa, pues por aquí no las he visto —respondió ella.

Partió de viaje el mercader; pero cuando llegó al puerto supo que había un problema con las mercancías de aquel barco, y a pesar de su trabajo y sus esfuerzos, no pudo recuperarlas. Tuvo que regresar a su casa tan pobre como había partido.

En el camino lo sorprendió una fuerte tormenta de nieve y viento, y al atravesar un gran bosque, se perdió. Nevaba muchísimo y el viento era tan fuerte que cayó de su caballo dos veces. Se hizo de noche y pensó que moriría de hambre o de frío; o que lo devorarían los lobos, a los que oía aullar muy cerca. De repente, levantó la mirada y por entre dos largas hileras de árboles vio una luz brillante que provenía de un gran palacio.

Se apresuró hacia allí para buscar refugio. No encontró a ninguna persona en los patios. Dejó a su caballo en un establo que estaba abierto, donde había heno y avena, y luego entró al palacio, donde tampoco vio a nadie. Llegó a una gran sala en la que había una chimenea y una mesa con la cena servida. Como estaba muerto de frío, se arrimó al fuego mientras se preguntaba dónde estarían los sirvientes o el dueño de la

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

casa. Seguramente no tardarían en aparecer.

Se quedó esperando un largo rato junto al calor de la chimenea. Pero cuando ya no pudo resistir el hambre, se sentó a comer. Luego comenzó a recorrer la magnífica mansión. En uno de los cuartos encontró una cama tendida, se acostó a descansar y se quedó dormido de inmediato. Al despertarse a la mañana siguiente, encontró un traje hecho a su medida para cambiar por sus viejas y gastadas ropas y una taza de chocolate caliente sobre la mesita de luz. Pensó que tal vez estaba soñando o que allí viviría un hada buena.

—Le doy las gracias, señora hada —dijo en voz alta—, por haber tenido la bondad de albergarme en una noche tan inhóspita y de pensar en mi desayuno.

Al asomarse por la ventana, no vio el menor rastro de nieve, sino un bellísimo jardín repleto de flores.

Tomó su chocolate y salió en busca de su caballo; al pasar por un sector lleno de rosas blancas, recordó el pedido de Bella. En el instante en que cortó una, se escuchó un gran estruendo y casi muere del susto al ver a una bestia horrenda que se acercaba hacia él.

—¡Ingrato! —rugió la Bestia con voz terrible—. ¡Yo te salvé la vida al recibirte y darte cobijo

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



en mi palacio, y ahora tú me arrebatas mis rosas, a las que amo más que a nada en el mundo! Morirás como castigo por esta falta.

El mercader se arrojó a sus pies temblando, juntó las manos y le suplicó a la Bestia:

—Perdóneme, señor, por favor. Agradezco su hospitalidad. No creía ofenderlo al tomar una rosa; es para una de mis hijas, que me la había pedido.

—No me conmueven tus palabras —respondió la Bestia—, pero estoy dispuesto a perdonarte con la condición de que una de tus hijas tome tu lugar. Parte de inmediato; y si tus hijas rehúsan morir por ti, júrame que regresarás.

El buen hombre juró que regresaría; buscó a su caballo y partió con una gran tristeza. No pensaba entregar una de sus hijas a tan horrendo monstruo, pero al menos se consolaba con darles un último abrazo. El caballo, como si supiera el camino, tomó por el bosque, y en pocas horas llegaron a su pequeña granja.

Las hijas salieron a recibirlo con alegría, pero el pobre mercader se echó a llorar. Traía en la mano la rosa que había cortado para Bella y, al entregársela, le dijo:

—Bella, toma esta rosa que bien cara costó a tu desventurado padre.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Y enseguida contó a su familia lo que había sucedido. Al oírlo, las dos hijas mayores, furiosas, culparon de todo esto a Bella.

—Mira lo que has pasado debido a tu orgullo —gritaban—. ¿Por qué no pediste adornos como nosotras? ¡Claro, tenías que ser distinta! Causarás la muerte de nuestro padre, ¡y ni siquiera lloras!

—¿Por qué voy a llorar a nuestro padre, si no es necesario que muera? —respondió Bella—. Ya que el monstruo acepta a una de sus hijas a cambio, yo me entregaré a su furia y me consideraré muy dichosa, pues habré tenido la oportunidad de salvar a mi padre.

—¡No, hermana! —dijeron sus tres hermanos—, tampoco es necesario que tú mueras; nosotros buscaremos a ese monstruo y lo mataremos.

—Hijos míos —dijo el mercader—, esa bestia es demasiado poderosa, no será posible matarla. No permitiré que vayan a buscar la muerte, y tampoco Bella. Soy viejo; yo sacrificaré el poco tiempo de vida que me queda.

—Te aseguro, padre —le dijo Bella—, que no irás sin mí a ese palacio; no puedes impedirme que te siga. En parte soy responsable de tu desventura; prefiero que ese monstruo me devore a morirme de pena y remordimiento por perderte.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Por más que razonaron con ella no hubo forma de convencerla; sus hermanas estaban encantadas, porque siempre habían estado celosas de la joven.

Bella y su padre partieron hacia el palacio y llegaron al caer la tarde. En el gran salón encontraron una mesa magníficamente servida para dos. El mercader no tenía ánimo para probar bocado, pero Bella, esforzándose por parecer tranquila, se sentó a la mesa y le sirvió.

En cuanto terminaron de cenar se escuchó un gran estruendo y el mercader, llorando, anunció a su pobre hija que se acercaba la Bestia. Bella se estremeció cuando vio su horrible figura, aunque trató de disimular su miedo, y al interrogarla el monstruo sobre si la habían obligado, ella le respondió temblando que había venido por su propia voluntad.

—Eres muy buena —dijo la Bestia—, y te lo agradezco. Tú, buen hombre, partirás por la mañana y no sueñes jamás con regresar aquí. ¡Nunca!

Y enseguida se retiró.

—¡Ay, hija mía —dijo el mercader, abrazándola—, deja que me quede yo en tu lugar!

—No, padre —le respondió Bella con firmeza—. Tú partirás por la mañana.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Esa noche, en su sueño, Bella vio a una hermosa hada que le decía:

—Tienes un gran corazón, Bella. Arriesgas tu vida por salvar la de tu padre. Tendrás tu recompensa.

Bella le contó el sueño a su padre, esperando que le sirviera de consuelo; pero el hombre no pudo evitar llorar al momento de separarse de su querida hijita.

En cuanto se hubo marchado, Bella se dirigió a la gran sala y se echó a llorar; pero como era una muchacha valiente, resolvió no estar triste durante el poco tiempo que le quedase de vida.

Comenzó a recorrer el espléndido palacio, que era de una belleza conmovedora. Se asombró al encontrarse frente a una puerta con la inscripción “Dormitorio de Bella”. Ni bien la abrió quedó deslumbrada por la magnificencia que allí reinaba. Lo que más llamó su atención fue una enorme biblioteca, un clavicordio y numerosos libros y partituras de música: todo lo que a ella le hacía la vida placentera. “No quiere que esté triste”, pensó, “para un solo día no me habría reunido tantas cosas”.

Esto la animó. Poco después, revisando la biblioteca, encontró un libro en el que aparecía

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

escrito en letras de oro: “Disponga, ordene. Aquí es usted la reina y señora”.

—¡Ay de mí! —se lamento Bella—. Solo desearía ver a mi pobre padre y saber qué está haciendo ahora.

Con asombro, al volver los ojos a un gran espejo, vio allí su casa, adonde llegaba entonces su padre con el semblante lleno de tristeza. Las dos hermanas mayores acudían a recibirlo, y a pesar de pretender estar afligidas, se les reflejaba en el rostro la satisfacción que sentían por haberse desprendido de la hermana que les hacía sombra con su belleza y bondad.

Todo desapareció en un momento, y Bella sintió que nada tenía que temer de la Bestia.

Esa noche, cuando iba a sentarse a la mesa, oyó el estruendo que hacía la Bestia al acercarse, y no pudo evitar estremecerse.

—Bella —le dijo el monstruo—, ¿me permitirías estar aquí durante la cena?

—Tú eres el dueño de esta casa —respondió Bella, temblando.

—No —dijo la Bestia—, tú eres la dueña aquí. Si no quieres verme, solo pídemelo y me marcharé enseguida. ¿Me encuentras muy feo?

—Así es —dijo Bella, que no sabía mentir—, pero creo que eres muy bueno.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Tienes razón —dijo el monstruo apenado, y luego agregó—: todo cuanto hay en esta casa te pertenece; me apenaría mucho que no estuvieses contenta.

—Eres muy bondadoso —respondió Bella—. Te aseguro que tu buen corazón me hace feliz y ya no pareces tan feo.

—Tengo un buen corazón, pero no soy más que una bestia —dijo, y luego de una pausa agregó—: Bella, ¿querrías ser mi esposa?

Bella ya casi no le tenía miedo, pero creyó morirse de pavor cuando escuchó esta pregunta. Permaneció largo rato sin responderle; temía despertar su cólera si se rehusaba, y por último le dijo:

—No, Bestia.

El pobre monstruo quiso suspirar al oírla, pero de su pecho salió un gruñido tan espantoso que hizo temblar el palacio entero; entonces se retiró con tristeza de la sala, no sin antes darse vuelta varias veces para mirarla en silencio.

Al quedarse sola, Bella sintió una gran compasión por la pobre Bestia.

—¡Ah, qué pena —se dijo— que siendo tan bueno, sea tan feo!

Tres apacibles meses pasó Bella en el palacio. Todas las tardes la Bestia la visitaba y la

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



entretenía, conversaban y la observaba mientras comía. Cada día, Bella encontraba en el monstruo nuevas bondades y se había habituado tanto a su fealdad que ya no le temía; en realidad, disfrutaba mucho el tiempo que pasaban juntos. Solo había una cosa que la apenaba, y era que cada tanto él le preguntaba si querría ser su esposa, y cuando ella se rehusaba parecía traspasado de dolor. Un día le dijo:

—Lo lamento tanto, Bestia, pero no creo que pueda hacerlo nunca. Siempre seré tu amiga; trata de contentarte con esto.

—Sé que soy horrible —dijo la Bestia—, pero mi amor es grande. Entretanto, me siento feliz de que quieras permanecer aquí. Prométeme que no me abandonarás nunca.

Bella se entristeció al escuchar estas palabras. Había visto en el espejo que su padre estaba muy enfermo de pena por haberla perdido, y deseaba volver a verlo.

—Yo podría prometerte —dijo a la Bestia— que no te abandonaré nunca, pero te ruego que antes me permitas ver a mi padre; me moriré de dolor si me lo niegas.

—Antes prefiero morir que causarte el pesar más pequeño —dijo el monstruo—. Ve a casa de tu padre, y mientras estés allí moriré de tristeza.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



—¡Oh, no, te quiero demasiado para tolerarlo! —respondió Bella, llorando—. Prometo regresar dentro de ocho días. Mi padre está muy enfermo. Permíteme que pase una semana en su compañía.

—Mañana estarás con él, pero acuérdate de tu promesa —dijo la Bestia—. Cuando quieras regresar no tienes más que poner tu sortija sobre la mesa a la hora del sueño. Adiós, Bella.

Por la mañana despertó en casa de su padre. El buen hombre sintió una enorme alegría al ver a su querida hijita, y la abrazó con fuerza. Cuando llegaron las hermanas y vieron a Bella vestida como una princesa y más hermosa que la luz del día, estallaron de celos.

—¿Por qué es tan dichosa esa pequeña criatura? ¿No somos nosotras más dignas de la felicidad que ella?

—Se me ocurre una idea —dijo la mayor—. Tratemos de retenerla aquí más de ocho días; esa estúpida Bestia pensará que ha roto su palabra, y quizás la devore.

Los días siguientes la llenaron de halagos y le mostraron tanto cariño que Bella lloraba de felicidad. Cuando se cumplieron los ocho días, las malvadas hermanas se mostraron tan afligidas por su partida que Bella les prometió quedarse

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

ocho días más.

Sin embargo, se reprochaba el pesar que causaría a su pobre monstruo, a quien amaba de todo corazón, y la entristecía no verlo. La décima noche soñó que se hallaba en el jardín del palacio, y veía a la Bestia tendida sobre la hierba, muriendo. Despertó sobresaltada, con los ojos llenos de lágrimas.

"¿Por qué le estoy causando este dolor", pensó, "cuando él me quiere tanto, y yo a él? Él no tiene la culpa de ser feo. Su buen corazón importa más que todo lo otro. Seré feliz si me caso con él".

Con estos pensamientos Bella puso la sortija sobre la mesa y se quedó dormida.

Se despertó la mañana siguiente en el palacio. ¡Estaba tan feliz! Se puso un hermoso vestido y fue a buscar a la Bestia para contarle su decisión. Recorrió el palacio entero, pero no lo encontró. Recordó entonces su sueño y corrió con desesperación al jardín. Allí lo encontró inmóvil, tendido sobre la hierba junto al estanque, y pensó, con angustia, que había muerto. Entre sollozos se dejó caer a su lado y lo abrazó.

—Por favor, no mueras, mi Bestia querida —le dijo mientras le caían las lágrimas—. Vive para ser mi esposo. Desde este momento

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

te prometo que te perteneceré solo a ti. El dolor que he sentido me ha hecho entender que no podría vivir sin verte.

En ese instante todo a su alrededor se iluminó con luces resplandecientes y con fuegos artificiales. Al volver la mirada hacia su querido monstruo, la Bestia había desaparecido y en su lugar, entre sus brazos, había un apuesto príncipe.

—Mi Bella amada —le dijo el príncipe—, se ha roto el hechizo. Un hada maligna me convirtió en bestia hasta que alguna joven me amara y aceptara casarse conmigo. Solo tú has sido capaz has sido capaz de conmoverte con la bondad de mi corazón.

Bella, sorprendida, le tendió la mano a su hermoso príncipe y juntos se encaminaron al palacio. En el gran salón los esperaba su padre y su familia, y la hermosa hada que había visto en sus sueños.

—Bella —le dijo el hada—, recibes ahora el premio de tu buena elección: has preferido la bondad a la belleza, y por tanto mereces hallar todas estas cualidades reunidas en tu príncipe. Serás una gran reina. En cuanto a ustedes, señoras —agregó, dirigiéndose a las hermanas—, conozco sus corazones y toda la malicia que encierran. Se convertirán en estatuas, pero conservarán la

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



razón dentro de la piedra que va a envolverlas; estarán junto a la puerta del palacio de Bella y serán testigos de su gran felicidad. Solo cuando se hayan arrepentido sinceramente de sus acciones volverán a la vida.

El príncipe y Bella se casaron y vivieron felices para siempre.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



BIOGRAFÍAS

Los hermanos Grimm

Jacob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859) fueron dos hermanos alemanes que amaban los libros y las historias. Ambos estudiaron derecho y, además de ser profesores universitarios, se dedicaron a recopilar los cuentos populares que la gente contaba de generación en generación. En 1812, publicaron *Cuentos de niños y del hogar*, un libro con varios relatos muy conocidos hasta hoy, como “Blanca Nieves” y “Hänsel y Gretel”.

Jacob también fue un importante estudioso del idioma alemán, mientras que Wilhelm se encargaba de escribir y organizar los cuentos. Juntos ayudaron a que muchas leyendas y tradiciones no se perdieran con el tiempo. Los hermanos Grimm se han vuelto famosos en todo el mundo por sus cuentos, que siguen siendo leídos y disfrutados por niños y adultos.

Jeanne-Marie Leprince de Beaumont

Jeanne-Marie Leprince de Beaumont (1711-1780) fue una escritora francesa, conocida principalmente por su versión del cuento "La Bella y la Bestia". Esta historia, publicada por primera vez en 1756, se basó en un relato anterior de otra autora: Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve.

Leprince de Beaumont, además de escritora, trabajó como institutriz en la corte de Lorena, donde también enseñaba música. Durante su vida escribió más de setenta libros, muchos de ellos dedicados a educar y entretener a los jóvenes. Viajó a Londres, donde creó un periódico para niños.

En 1757, publicó *El almacén de los niños*, una colección de cuentos en la que incluyó su famosa versión de *La Bella y la Bestia*, que sigue siendo uno de los cuentos más queridos en la actualidad.


Buenos
Aires
Ciudad